



Son unos borrachos.

Delante de ellos, á distancia de un tiro de fusil, Clemente iba andando con su alquilon al paso.

Hablando y andando así, llegaron á la Villette, á la entrada de la calle de Flandes.

— Hé aquí el momento y el instante, gritó Jacquemin, parodiando grotescamente á los titiriteros de las ferias, ¡á la escena!

Volieron á agarrarse del brazo, ocupando toda la anchura de la acera, y se echaron á andar dando traspies y balanceándose.

— ¡Ohé! el Angumósín, una cancioncilla, vamos.

Y con voz cascada, aguardentosa y extravagante, Luis se puso á cantar :

Vámonos á la barrera
A refrescar la mollera.

Y los tres repitieron en coro :

Vámonos á la barrera.

Al ver este grupo de tan sospechosa apariencia, los transeúntes se apartaban prudentemente y tomaban la acera opuesta.

Y los agentes de policía abrian el ojo y los observaban.

La calle se presentaba ante este trio extraño en toda su longitud interminable, alumbrada á medias por algunos faroles colocados á largas distancias, y cada vez se hacia mas solitaria.

De vez en cuando, solia encontrarse algun hombre achispado que iba andando agarrado á las paredes, ó alguna cuadrilla de esos corre-calles que iban cantando con sus gritos descompasados, capaces de romper con ellos hasta sus propias cabezas.

A la esquina de un callejon oscuro, no empedrado y lleno de barro, tropezaron con dos hombres que, de pié y colocados en la parte mas oscura de esta callejuela, estaban hablando en voz baja.

Al acercarse el grupo sospechoso, estos dos hombres se alejaron con viveza, pero tan luego como José, Elena y

Jacquemin pasaron, volvieron á colocarse en el mismo paraje.

— Son unos borrachos, dijo el uno de ellos. ¿Estás seguro, pues, de que vendrá? añadió.

— Muy seguro.

— ¿Y que el otro irá allá abajo?

— Desde el dia siguiente de su casamiento, no falta ninguna noche.

— ¡Vaya una sociedad bien original para un millonario!

— Es un capricho inexplicable.

— Que yo podría explicar muy bien si quisiera, pensó entre sí M. Gigant, porque era él uno de los interlocutores.

El otro era el coronel Fritz.

— Y, continuó M. Gigant, ¿tu hombre no vacilará?

— Está muerto de hambre y se emborracha, replicó secamente Fritz. Además, que esos italianos no son escrupulosos; y por otra parte, creo que esta no seria su primera puñalada.

— Chiton. Ahí está.

Y en efecto, se acercó á ellos una tercera sombra : Fritz se adelantó á reconocerla y volvió en seguida, diciendo á M. Gigant :

— Él es.

— Entonces, entonces, dijo el hombre de negocios, M. Matifay pasará esta noche un mal rato.

Estaba contento de sí mismo. El medio indicado por Aurelia para deshacerse del banquero, le parecia bueno, pero demasiado largo. Despues, cada uno tiene su amor propio, y se alegraba de poder probar á su asociada, por un golpe maestro, que en caso necesario hubiera podido muy bien pasarse sin su concurso.

Pero ¿qué diablo de capricho tenia Matifay en venir á trincar como un traperos con el aventurero italiano, á la Gota de oro?

Al fin y al cabo, eso poco le importaba. El hecho existia; esto era lo principal, y era preciso saber aprovecharse de él.

El recién venido se acercó poco á poco, tambaleándose á cada paso y tropezando con todos los guijarros. Era Chinela en efecto.

XX

LA GOTA DE ORO.

No era una taberna para divertirse como el *café de los Bandidos*, y esta vez, los aficionados á lo pintoresco habrian quedado satisfechos.

Demasiado satisfechos quizás, porque sin grandes esfuerzos su satisfaccion habria podido cambiarse muy fácilmente en terror.

La linterna roja de la *Gota de oro* brillaba como el ojo bizco de un ciclope en el fondo de un callejon oscuro y fanfoso.

Era preciso, al andar, tener cuidado de no tropezar con algun parroquiano que se hallaba durmiendo la mona en un lecho en que seguramente estaba uno seguro de no hallar hojas de rosa, plegadas ó sin plegar.

Semejante descuido inexcusable y poco cortés, habria dado causa, de seguro, á una disputa, y las disputas en sitios semejantes son muy peligrosas, y los agentes de policía no se presentan en ellos sino en gran número, y bajo la forma de ronda.

La taberna se componia únicamente de un salon con el techo bajo, y atravesado por las vigas ennegrecidas con el humo. Las paredes habian sido embadurnadas con dobles colores, primero con cal, y luego, hasta la altura de la cabeza de un hombre, con una especie de barniz negro y grisiento que formaba un ribete ó franja de un aspecto bastante asqueroso y repugnante.

¡Encantadora confianza! Las mesas de madera tosca y los bancos sus iguales, estaban amarrados á la pared por medio de cadenas y garfios. Allí se bebía el aguardiente en escudillas de estaño sujetas á las mesas con una cadenita de hierro.

El aguardiente y el ajeno eran los licores de que se hacia mayor consumo; pero si se pedia expresamente, tambien servian aguardiente de patatas disfrazado con el nombre de fino champaña.

En el fondo de la pieza, y cortándola transversalmente, habia un enrejado de hierro detrás del cual estaba el mostrador. Esto les servia á los consumidores de ambos sexos de tierno recuerdo de los parlitorios de Poissy ó de San Lázaro.

Y por último, un moceton forrado con músculos como los de un toro, se paseaba de arriba abajo en medio de la sala. Era el sirviente del establecimiento, que se hacia pagar adelantado, y llevaba inmediatamente el importe á la ventanilla del mostrador, no conservando nunca en su poder mas que una cantidad de diez sueldos para los cambios.

Y bien á menudo sucedia no tener necesidad de hacer uso de ellos en toda la noche.

Los parroquianos de la *Gota de oro* tenian todos la bolsa muy pequeña; pero eran buenos pagadores... cobrándoles adelantado.

Preciso es confesar que en aquella alegre taberna la sociedad era muy variada: no concurría allí sino el desecho de la *pesca*; sin embargo, algunos parroquianos antiguos recordaban, no sin orgullo, que algunos *peces gordos* habian pasado por aquella red en sus dias de amargura, y mostraban á los novatos la escudilla que habia tenido el honor de tocar los labios del famoso asesino Lacenaire.

Tambien habia allí algunas gentes honradas — relativamente hablando, — traperos que, durante su exploracion nocturna, entraban á echar un traguito, de paso, con el cuévano á la espalda y el gancho en la mano: borrachos veteranos que venian á buscar allí el veneno concentrado que mas pronto mata.

Para estos habia una mesa reservada, y los llamaban, no sin bastante propiedad, « los embrutecidos ».

En aquella mesa no se metía ruido, no se hacia mas que beber trago sobre trago, sin hablar, hasta que llegaban á caerse como un costal de paja. Para algunos no era ya un gusto el beber, sino un remedio.

En aquella mesa era en donde se sentaba en otro tiempo Luis Jacquemin, mas particularmente conocido bajo el nombre de Tuerce-Tripas.

Como esta mesa era la que estaba mas cerca de la ventanilla del mostrador, se tenia la condescendencia de dar vasos á los que los pedian y se servia en ella el aguardiente en frascos.

Siempre debe guardarse alguna consideracion á los parroquianos...

El asiento de Jacquemin, que habia estado desocupado durante algun tiempo, habia encontrado otro nuevo parroquiano, bebedor menos brillante que Tuerce-Tripas, que era un maestro en ese género, pero que prometía, con el tiempo, llegar á igualarle ó sobrepasarlo.

Todas las cosas necesitan su principio.

A este nuevo parroquiano no lo conocian sino bajo el nombre de « el Marqués ».

¿Marqués de dónde ó de qué? Eso poco importaba: le habian dado aquel nombre aristocrático á causa del lujo de su traje.

El lujo es una cosa relativa, porque en realidad el tal marqués mas parecía un antiguo maestro de escuela á quien le habia sucedido algun percance que otra cosa.

Iba vestido siempre con una levita raída, que aunque se conocía que habia sido muy acepillada, conservaba manchas frescas de lodo cogidas en el camino: un sombrero gracioso de copa alta de color de ala de mosca, antiparras azules, y una peluca negra muy lustrosa completaban su traje.

Entraba todas las noches en la taberna á eso de las once y media, se dirigía á su asiento acostumbrado sin hablar con nadie, vaciaba su botella en cinco tragos, en cuya ocupacion pasaba hasta las doce y media, pagaba en moneditas de diez sueldos — lujo desconocido en aquella casa — y se retiraba del mismo modo que habia venido, pero tambaleándose algo mas á la salida que á la entrada.

En suma, como á pesar de su irrisorio título de marqués que le habian dado, todo su traje no valia tres francos, nadie se habia metido con él.

Ademas, que como todos los parroquianos de la *Gota de oro* eran mas ó menos aficionados al melodrama, el misterio de aquel hombre de levita que venia á beber á aquella mesa, la ponzoña pimientada, les intrigaba mucho, y luego daba al establecimiento cierto aire aristocrático que les lisonjaba, de modo que casi estaban tan ufanos y vanagloriosos con su marqués, como con la escudilla de Lacenaire.

Las once no habian dado todavía, y por consiguiente no habia llegado aun el marqués, cuando Jacquemin, acompañado de Elena y de José, hizo su entrada en el café.

Fué recibido por una salva de aplausos.

— ¡Bravo! Tuerce-Tripas.

— ¿Adónde has estado?

— Ha hecho un viaje de recreo.

— ¿Por el camino de Melun?

— Tuerce-Tripas, te han cogido tu plaza.

— Estamos en invierno, y el que se va á Sevilla, pierde su silla.

— En todas partes hay buen jarabe, respondió Luis con seriedad cómica, ademas yo voy á sentarme con mi sociedad.

— ¡Oh, oh! con su sociedad.

— ¿De qué clase?

— ¿Por qué no has ido con ella al café inglés?

— O á Tortoni.

— O á un gabinete particular.

Mientras tanto, todas las miradas se fijaban en Elena y José.

— Arregla tus perifollos y jaléate un poco, la Chiffa, que te miran.

— ¡Peste! ¡Vaya que sabes arreglarte! Tuerce-Tripas, ¡es una hermosura número uno!

— Es una rentista de la plaza Maub, dijo Luis en confianza á uno de sus conocidos, está algo *locada* por mi amigo el Angumosin, pero tocada de firme... Este es un mocito que promete...

— Vamos, ¿es que no se echa un traguito? dijo José con aire presumido y fátuo.

Los tres desempeñaban sus papeles á las mil maravillas.

Al principio, Elena se habia desconcertado al verse en medio de aquella sociedad heteróclita, pues el papel que ahora representaba era el único de este género que no hubiese representado en el curso de la mision heroica que se habia impuesto.

José y Clemente habian sido los encargados de bajar, en su nombre, á las cenagosas profundidades de la sociedad.

Pero, semejante á aquellos médicos que con mano firme tocan sin titubear las úlceras mas repugnantes, ella podia considerar sin asco aquellas asquerosas miserias sociales.

Las palabras obscenas que se pronunciaban á su alrededor no llegaban á penetrar en sus oídos, y solo sentía en su corazón una inmensa tristeza y una inmensa lástima.

¡Ah! ¡pobres mujeres! porque allí habia tambien mujeres; sí, mujeres verdaderas, con todas sus coqueterías, con todos sus defectos, con todas sus cualidades.

Sondeando el interior de aquellos corazones gangrenados, se hubiesen encontrado en ellos las mismas miserias, los mismos deseos, los mismos amores, quizá tambien, que en los corazones de las mujeres de la clase mas elevada.

Jamás habia sentido ni conocido tan bien como ahora la grandeza ni la necesidad de su mision.

Mientras tanto, el mozo traía las tres escudillas de aguardiente.

En este instante se armó una grande algarabía á la entrada de la puerta, hacía la que se volvieron las miradas de todos los concurrentes, y se oyó una docena de voces que decian:

— ¡El marqués, el marqués!

XXI

[SALTA, MARQUÉS!]

El marqués (respétemos su incógnito y conservémosle el nombre que le habian dado los parroquianos de la *Gota de oro*) se encaminó como de costumbre hácia la mesa, sin dirigir ni una sola mirada á derecha ni á izquierda.

Estaba completamente ébrio, pero con aquella embriaguez calculada de las gentes que se embriagan deliberadamente con el fin de olvidar, y nunca olvidan.

Sus piernas oscilaban bajo el peso de su cuerpo, su frente pálida estaba cubierta de un sudor glacial, pero su cabeza se mantenía firme, despejada, y se acordaba.

Habia debido frecuentar bastantes tabernas antes de venir á apelar como recurso supremo á la *Gota de oro*, pero en ninguna parte habia encontrado aquella ponzoña tan activa que la llamaban allí « casca-pecho. »

Se dejó caer con todo su peso sobre el banco, quitó su sombrero, y poniendo el codo sobre la mesa, apoyó el rostro sobre su mano.

Sus antiparras azules y su peluca negra lo hacian casi desconocido, pero á pesar de su disfraz, Elena y José lo reconocieron en seguida.

El marqués no tuvo necesidad de pedir; ya sabian sus costumbres, y cuando alzó la vista, ya vió delante de sus ojos el frasco y la copa.

La llenó, hizo una mueca, y se la echó al coleteo de un trago, como se hace con una medicina.

— Bien, marqués, dijo una voz aprobativa.

El marqués no aparentó hacer gran caso de aquella aprobacion burlesca, y volvió á tomar su primera posicion, apoyando la barba en la palma de la mano.

Tenia la cara vuelta hácia el enrejado del mostrador, y no podia ver, de este modo, el grupo que formaban á su espalda Elena, José y Luis Jacquemin.

— Bueno, mi veterano, dijo otro gracioso; descansenos un poco y tomemos aliento, porque el beber sin sed echa á perder el estómago.

— Está digiriendo, dijo el sorbia de una jaula de fieras ambulante; hay animales que hacen así. El boa tarda tres horas para digerir un conejo vivo, y el viejo puede tardar muy bien cinco minutos en digerir un vaso de lo fuerte.

— No importa, deshonra el sitio.

— Tuerce-Tripas sabia beber mejor.

— De un solo trago se sorbia toda la botella.

En medio de todo este ruido, Chinela habia entrado sin que nadie se apercibiese de su venida, y habia ido á sentarse en el rincón mas oscuro de la sala, contra la puerta.

Tambien él estaba achispado, pero con una chispa de

mala especie, porque no hacia mas que murmurar entre sus dientes algunas palabras confusas y repetía sin cesar:

— El marqués es rico... rico... rico.

Este, con un movimiento como el de un autómeta, habia vuelto á coger el frasco, y llenaba su copa por la segunda vez.

— Ese animal es un verdadero reló, dijo el que la echaba de gracioso; señala la hora bebiendo.

— ¡Qué lástima que no se le pueda colgar de un clavo!

— Este es el segundo trago; pues de seguro que son ahora las doce menos cuarto.

Elena se estremeció, é inclinándose hácia Jacquemin, le dijo algunas palabras al oído.

— Eso será algo fuerte, respondió Luis tambien despacio; pero tomando la cosa como broma... En fin, ensayemos.

El marqués, despues de haber vaciado su segundo vaso del mismo modo que el primero, habia vuelto á colocarse en su posicion contemplativa.

Luis Jacquemin se levantó y se acercó á él por detrás.

— ¡Chiton, chiton! ¡que Tuerce-Tripas va á hacer alguna jugarreta al marqués!

— Veremos entonces de qué color son las palabras.

Luis, poniendo pesadamente su mano sobre el hombro del marqués, que se estremeció, pero sin volver el rostro, le dijo, fingiendo la embriaguez:

— ¡Eh! viejo, ¿se bebe de ese modo sin ofrecer un vaso á los amigos?

El marqués nada respondió.

— Eso sí que es bonito, cuando se coge el asiento á las gentes, continuó diciendo Luis, se les debe hacer algun obsequio, á lo menos.

Esta vez, el marqués iba á responder, pero no pudo; lo ahogaba el terror tanto como el aguardiente, y la garganta contraída no pudo articular mas que un ronco sonido.

Todos se echaron á reír á carcajadas.

— Mi foca habla mejor, dijo el cicrone de las fieras.

— Ya que no quiere ofrecer una copa, dijo Jacquemin volviéndose hácia los concurrentes, á lo menos que me deje el asiento libre.

— ¡Tienes razon, tienes razon! exclamaron veinte voces á un tiempo; ó que pague una ronda por todos, ó si no que deje el sitio libre.

— ¡Una ronda, una ronda! ¡El sitio, el sitio! ¡Una ronda, una ronda!

El entusiasmo habia llegado á su apogeo; era una verdadera cencerrada infernal.

El marqués sentía correr el sudor debajo de su peluca.

En frente de él, del otro lado de la mesa, habia un asiento libre.

— Pues ya que tú no quieres pagar nada, continuó Luis, yo soy el que va á convidarte. Pero en esto el honor está comprometido, porque se tiene un poco de amor propio ó no. Es preciso que tú me dejes ese sitio que es el mio, que te pongas aquí en frente de mí, y en seguida trincaremos.

El marqués se levantó tambaleándose, y con una mirada